



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Los termómetros.



—¡Á uno bajo cero! ¡Sí, sí! ¡Como tuvieras esta americanita de alpaca, rota por todas partes, ya marcarías algo menos!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—*Quod natura non dat...*, por Antonio Motalbán.—Arte y poesía, por Eduardo de Palacio.—*Quisicositas*, por Juan Pérez Zúñiga.—*¡Ocho seguidas!*, por Ramón Ferrer é Hilario.—*Atar...* decía, por Santiago Díaz Gal.—*Palique*, por Clarín.—*Las orejas del pollino*, por Luis de Ansorena.—*Sencillos campesinos*, por Simón Delgado.—*Chismes y cuentos*.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Los termómetros.—Para qué usan cristales (seis viñetas).—En el antepalco.—Lo que abriga el lujo, por Cilla.



Dicen los críticos de teatros que ninguna de las obras dramáticas estrenadas este año tiene mérito.

Á todas ellas les falta interés; en ninguna existe un verdadero «conflicto dramático», y el público sale de los estrenos diciendo:

—El arte está perdido. Ya no hay autores, ya no hay sacudi-

mientos íntimos del alma. La obra no produce emociones...

Y, sin embargo, hay una porción de personas que escriben dramas y buscan recomendaciones para que se los pongan en escena. Todos los que los escriben creen que han creado un conflicto *sensacional*, como se dice ahora, y que el día en que estrenen su drama van á llorar hasta los acomodadores.

*
*
*

Digalo, si no, D. Celestino, el acreditado cerero de la calle de las Huertas, que tiene la monomanía del drama espeluznante y se pasa la existencia recitando monólogos sanguinolentos. Á las primeras de cambio le habla á usted de una obra que está concluyendo con destino al Español, y aprovecha todas las ocasiones para darse á conocer como genio dramático:

Va usted á comprar una vela, y él pregunta:

—¿La quiere usted grande ó chica?

—Regular—contesta usted.

—Esa contestación me recuerda lo que dice el galán de uno de mis dramas:

«No parece regular
que, viéndome tan decente,
me quieras asesinar
y con daga mayormente.»

—¡Ah! ¿Es usted poeta?

—De afición, nada más que de afición; pero, amigo mío, aquí cuesta un triunfo meter la cabeza en el teatro. Tengo tres dramas concluidos y otros dos al caer, como quien dice, pues sólo me falta ver qué hago de la dama joven. No sé si matarla ó hacer que se case con su propio seductor.

—Pues decidase usted por una cosa ó por otra.

—Yo lo que hago mejor son los conflictos. Verá usted. Tengo un drama en que presento á un matrimonio con dos hijos. El mayor, llamado Isidoro, se va de caza, y en el monte tropieza con una pastora de la que queda ciegamente enamorado. Pero la pastora había sido seducida dos años antes por un caballero chato. Isidoro no se fija en ese detalle y quiere unirse á aquella mujer para siempre.

—«Tengo un niño» —dice ella.

—«No importa» —contesta él.

—«Y otro que tendré el día menos pensado» —replica ella.

—«Todo cuanto me digas no extinguirá el amor que siento en mi alma» —contrarreplica él.

Y se casa con la pastora; pero (y aquí viene el conflicto) resulta que el seductor de la pastora es el padre de Isidoro. Además, la madre de éste confiesa que es hija suya, una hija del amor, habida antes del matrimonio; y como si todo esto no fuera bastante, el hermano de Isidoro, enamorado también de la pastora, buye con ella...

El infeliz comprador sale de la cerería de prisa y corriendo, sin esperar la vela ni el desenlace del drama, y el autor dice á su mujer con aire satisfecho:

—Habrá pocos autores que encuentren conflictos más graves que los inventados por mí. Ahora se me está ocurriendo otro conflicto de primer orden. Vas á ver. Yo soy un caballero de buena familia, guapo, con seis mil duros de renta, pero con un tumor en el estómago, y de la noche á la mañana me enamoro de ti, que eres una perdida.

—Celestino, no digas eso ni en broma.

—Es pura ficción, mujer. Pues voy y te hago el amor. Tú finges amarme y no me amas; pero como me lo haces creer, resulta que te llevo al altar. El cura, al verte, da un grito y deja caer el solideo; yo lo recojo y lanzo una exclamación de sorpresa. En la parte interior del solideo hay un papel en donde tú has declarado *in articulo mortis* que eres una bribona y que tienes dos hijas en la Inclusa. Ante aquella enormidad siento un ruido interior y caigo exánime: es que se me ha reventado el temor del estómago. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es que con eso de los dramas tienes abandonada la cerería.

—¿Te quieres callar!

—¿Cuánto más valiera que en vez de crear conflictos dramáticos, mejoraras la calidad de la cera, que parece sebo!

La discusión adquiere tonos enérgicos.

D. Celestino se irrita y acaba por amenazar á su esposa con romperle en la cabeza un cirio de los gordos. Por último se encierra en su cuarto, diciendo despreciativamente:

—La culpa la tengo yo, que me bajo á consultar los conflictos, cuando tienes menos entendimiento que una mesa de noche.

—¡Viejo loco!

—¡Bruja!

—¡Dramaturgo!

Pero D. Celestino no escarmenta, y asegura que sin conflicto no puede haber obra dramática; que, en el teatro, lo menos es la forma y el pensamiento y el sentido común, y que Feliu y Codina nunca será nada.

De esta opinión son algunos revisteros de teatros que, en punto á crítica dramática, están á la altura de cualquier cerero.

*
*

No habrá este año dramas sensacionales, pero en cambio se publican libros preciosos.

Con el título de *Mar adentro* ha dado á la luz pública el inspirado poeta José J. Herrero un tomo de versos que se leen de un tirón y pueden figurar al lado de los mejores.

Herrero, aunque dedicado á la política, no desprecia el arte y sigue viviendo entre los hijos predilectos de las musas.

Á mí me gusta mucho más como poeta que como diputado á Cortes, y pido al cielo que le anulen el acta siempre que aspire á representar al país, pues lo que sobran son diputados...

Y poetas tenemos muy pocos.

Luis Taboada.

*

Quod natura non dat...

Que eres doctor en derecho y acabaste tu carrera, á todos tus conocidos nos consta y á ti te cuesta. Qué el título en tu despacho gallardamente se ostenta; que las amplias librerías de textos están repletas; que abandon los papelotes sobre la ministra mesa y el desorden de las prisas su colocación demuestra; que estudiando y escribiendo te pasas las horas muertas... todos los que te conocen lo saben de igual manera. Pero la malicia infame, que en todas partes se ceba y que posición ni fama ni jerarquías respeta, asegura que los pleitos

desconocen tu existencia, y que todos tus informes y que todas tus defensas llevan el convencimiento, sin pasar por las Salesas, al acusador (tu esposa) y al fiscal (la cocinera). Y hasta puedo asegurarte, sin miedo á que me desmientan, que te hacen protagonista de esta peregrina anécdota.

Se examinaba un alumno de la historia de la Iglesia, como en cursos anteriores ayuno de tal materia. Una balumba de cartas y un rimero de tarjetas eran la esperanza única para el triunfo de la empresa. El profesor, ablandado

con tanta y tanta influencia, hizo preguntas tan claras que envolvían las respuestas. Pero el alumno encerrado en la ignorancia más neta, ni dijo que fueran suyas ni su boca ni su lengua. Hasta que al fin, agotada

del profesor la paciencia, dijo dando un pañetazo con rabia sobre la mesa: —¿Qué examen está usted haciendo?... Y contestó á duras penas el amilanado alumno: —Pues examen... de conciencia.

Antonio Montalbán.

Arte y poesía.

Una de las manifestaciones del progreso «lento, pero continuo», de la sociedad y de las ciencias y las artes y de la poesía está en las cajas de cerillas.

¡Qué diferencia entre las primeras que dió al mercado la industria y las que usamos hoy, lo mismo para las necesidades caseras que para «suicidarnos», si «á mano viene».

El pedernal y el eslabón, la pajueta triste y pálida y olorosa, el fósforo de cartón; después la cerilla de sebo, el fósforo en el palillo de madera; después la cerilla fina de esperma...

¡Qué evolución!—como dice un mi amigo, pensador profundo (con vistas á un patio), para quien los hechos sencillísimos y naturales son evoluciones dignas de mejor causa.

Digo, no; dignas de estudio.

La verdadera «evolución», el progreso, se manifiestan en las cajas de cerillas, no en las cerillas mismas.

Las primeras eran lisas, «sin pretensiones».

Los precios, con arreglo á la cantidad y aun á la calidad de las cerillas que contenía la caja.

—¡A cuarto y á dos, de cerilla, á cuarto! ¡A cuatro cuartos de cien cerillas!

Así pregonaban sus mercancías los primeros expendedores de «fósforos» y propagandistas de la luz de Cascante.

—¡Invento prodigioso!—al decir de los hombres pensadores profundos de la época.—Frota usted la cabeza en la lija ó en una piedra ó en la pared y...

—Sí, y me desbarato el cráneo.

—Digo la cabecilla del fósforo, y...

—¡Ya!

—La luz se hace.

Pero la abundancia de la producción trajo la competencia.

Y como las criaturas nos dejamos seducir por la «forma externa»—que dicen los más modernistas—los fabricantes atendieron á la forma.

Para aumentar los atractivos de las cajas de cerillas, acudieron al embellecimiento poético.

Aparecieron las cajas de cerillas con versos «abusivos».

Quintillas supuestas, décimas hipo-téticas, redondillas ó peladillas, hasta sonetos con más ó menos pies y de medida libre en el arte libre.

Primeramente se publicaba en las cajas algunos versos clásicos.

Pero en seguida empezó lo inédito, lo nuevo. Trozos sentidos, como aquel, de autor anónimo ó fusilable—sinónimo en este caso,—que decía:

«La noche en negro capuz
envolvió un día mi ser:
lo confeso;
y abrí los ojos, al ver
cómo venía la luz
del Progreso.»

Las cerillas fosfóricas facilitaron los suicidios. Fué moda el morir de atracción de aquella golosina. Así decía otro poeta, igualmente justiciable que el anterior:

«Si se envenena un amante
por que haya perdido el seso,
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?»

Copla que, por su prudencia, discreción y defensa de las cerillas de Cascante, dió la vuelta al mundo, traducida á diversos idiomas.

Pero la forma poética empalagaba á los consumidores de cerillas, «prosaicos en su mayoría».

Por otra parte, empezaron á escasear los poetas del «género fosforescente»; los inspirados de aquella «juventud rítmica», dedicada al «romance nuevo» para la edición Marés, con destino á los vendedores callejeros, cíngos ó no, cantantes ó actores de verso.

Los poetas inspirados, autores de la letra para las aleluyas históricas, de costumbres ó de artes y oficios, los que surtían á los fabricantes de cerillas de «pequeños poemas» para las cajas eran pocos.

Los fabricantes pensaron en el arte pictórico.

Y sucesivamente sobrevinieron las cajas con dibujos representando escenas de obras dramáticas, de costumbres, vistas panorámicas, retratos y caricaturas; después las cajas italianas y las francesas, con escenas dignas... de correccional; después las fotolitografías, con vistas de diferentes países y paisajes ó con retratos de foreros y, más tarde, de pelotaris eminentes y de señoras harto conocidas en países extranjeros, en la tribuna y en la banca-rotta.

Casi todas «las personas notables hemos salido á la vergüenza» en las cajas de cerillas.

Hoy, de las de lujo, de diez céntimos, se puede reunir una colección de retratos de *estrellas* y *demoiselles* de las más conocidas en sus respectivos países.

O fotolitografías de Pachines, Beracocheas, mancos de Arriguriaga y cojos de Azpicoitia, doctores todos ellos en pelota, lucecos con cesta.

Alguna escena entre chulos de cualquiera de las óperas del ramo, que se representa, se canta y se baila en los respectivos corrales de los Pachecos de nuestros días también suele embellecer las cubiertas de las cajas de cerillas.

Aún no ha empezado la serie de retratos de los innumerables X que forman la galería de ciclistas.

¡Qué porvenir de *tandems*, *triplets*, *encuertes* y demás!

Eduardo de Palacio.

Para qué usan cristales.



Para estudiar con detenimiento el expediente que ha recomendado el ministro al jefe, y el jefe al oficial primero, y el oficial al *prooptante*.



Para consultar ciertos curiosísimos datos estadísticos relativos á la procreación y mortalidad de los cimifes en las regiones tropicales.



Para anonadar con una mirada fría al acusado.



Para leer en *La Época* la cotización de Bolsa y las últimas declaraciones de Cánovas sobre el empréstito.



Para ver el número de la cédula del *contrayente*.



Para no enterarse de las cosas más que á medias.

Quisicositas.

UNA FRASE DE MORETO

Burlando al enemigo,
cruzó ante el fuego el general Rodrigo;
pasaron asimismo por delante
Muñoz el coronel y un comandante
y el capitán Martínez y un teniente
y un sargento valiente.
Y al cabo López, que pasó en seguida,
llególe un tiro y le quitó la vida.
Ya lo dijo Moreto (á quien alabo):
«Lo que ha de suceder, sucede al cabo».

EL MÉDICO DESCUIDADO

Unceta sirve una plaza
de médico titular
que hay en Vareta, lugar
del partido de Rianza.
Suele el doctor ir de caza,

y los de la población
se lamentan, con razón,
del poco celo de Unceta,
porque se va de Vareta
en cuanto tiene ocasión.

¡ES CLARO!

Irene López y Bardo,
la chica de mi portera,
riñó con su novio, que era
guarda del *Monte del Pardo*.
También riñó de verdad,
más tarde, con un tal Pozo,
que está sirviendo de mozo
en el *Monte de Piedad*.

— ¡Con ninguno hace las paces!

(dice la madre de Irene).
¡Claro! ¡Como que no tiene
más que novios *montaraces!*

EPIGRAMA

En Granada, Paz García
dos niñas parió hechiceras,
estando en la Alhambra un día,
y hoy dice con alegría
que tiene dos *alhambreras*.

POCA LUZ

Cuando estaba la pobre Inés Mojama
á punto de ser madre, ya en la cama,
solamente alumbraba su mansión
una vela que puso á San Ramón.
¡Por eso dice Inés, con triste acento,
que ha tenido muy mal alumbramiento!

Juan Pérez Zúñiga.

¡Ocho seguidos!

Antonio Pérez Pulido,
Silverio Eloy Sanfabián,
Carlos Rócano Castrán,
Juan Camero Bienvenido,
Eleuterio Mur Elguido,
Enrique Puig Catalán,
Emilio Torres Beltrán
y Angel Gándara Bellido.

.....
Visitando un cementerio
el día de los difuntos,
observé estos nombres juntos
en una losa. ¿El misterio
del caso cómo explicar?
¿De distintos apellidos
y hallarse todos unidos
en panteón familiar?
La sorpresa no fué chica
al leer la conclusión:
«¡Leve os sea esa mansión!
¡Vuestra esposa os la dedica!»

Ramón Ferrer é Hilario.



ATAR... DECIR

SIN SABER DÓNDE DECIRLO

«Cuando murió mi amada *atardecía*.»
Así quise empezar mi poesía,
y paré de repente
porque no comprendía
la hora, precisamente,
que al verbo *atardecer* correspondía.
A alguien capó la idea ó le convino
que al CAER DE LA TARDE,
pero ¿á mí? ¡Dios me guarde
de cometer tamaño desatino!
Decimos que *samaneces*
al nacer la mañana, y que *«anochece»*
cuando viene la noche, y de este modo,
que tan claro está todo,
creo yo que *atardece*
cuando la tarde empieza.
Me encuentro trastornada la cabeza
con tales argumentos
y el uso de la voz, que estos momentos
detienen mi *fantástica* poesía:
¿dan ustedes permiso
para poder seguir, sin compromiso,
usando la palabra *atardecía*
un poquito después del mediodía?

Santiago Diaz Gil.



En el antepalco.



— ¡Qué cursi viene Angelina
con esa especie de manto!
Creo que me carga tanto
ó más que la cavatina
célebre del ¡Dio santo!

PALIQUE

Yo no sé si, mientras haya aquellas cosas que decía Becquer, habrá poesía; lo que sé es que mientras haya prensa que pague poco ó nada habrá chicos de la crítica voluntaria y disponible que juzguen á troche moche con la frescura del mundo. Desaparecen unos y vienen otros y siempre parecen los mismos. Sin embargo, va asomando cierta variedad, la de los *pedantuelos imbricatos*, que, valga la verdad, hace años no existía.

Hablaremos de estos fanerógamos largo y tendido y con *documentos*, como exige el buen arte realista.

Por hoy, olvidándome de unos y otros, voy á escribir este palique en colaboración con un erudito escritor español, residente en Berlín, el cual (el escritor, no Berlín, diría uno de sus maestros *incompletos* que ahora son *monos sabios*) no por haber leído mucho á los clásicos se cree un genio ni trata de tú por tú á las personas á quien alguna vez reconoció superioridad jerárquica en las letras. *Qui potest capere capiat.*

El Sr. D. Pedro de Mugica, que es de quien hablo, autor de muchos excelentes artículos de filología española, que publican las más acreditadas revistas alemanas, me envía un breve, pero sustancioso, artículo, *sobre motivos* del tomo de *Fe de erratas* que acaba de publicar Valbuena; y me ha parecido que en vez de andar solicitando albergue para ese trabajo en esta ó la otra revista, de esas que leen tan pocos cristianos, podía *unirlo á los autos* y publicarlo con este palique sin formar pieza separada.

Aunque yo *no suscribo* todo lo que dice Mugica (lo suscribe él) y no me meto en los pormenores que examina, sí me alegró de contribuir á la propaganda de la sana crítica del léxico oficial.

Valbuena, que no me ha enviado el tomo de que se trata, sabe lo que por acá se le aprecia, y no sabe que, particularmente, le defiende de censuras que le dirigen hombres eminentes, á quien ha maltratado.

Le defiende; pero reconozco que la *forma* de Valbuena es á veces algo fuerte, y que no ha debido enseñarse con ciertos escritores de veras ilustres.

Pero, dicho esto, también añado que, sea la que se quiera la aspereza de estilo que en Valbuena se trate al poner *notas* á los académicos, cuando tiene razón, que es muy á menudo, la tiene

pese el mundo entero. Y la Academia, cuando haga el nuevo diccionario, tiene obligación de atender á las rectificaciones de Valbuena que éste demuestre que son justas. El académico no está obligado á dar por bueno que se le llame... acémila, pongo por bestia de carga, pero está obligado á aprovechar las lecciones buenas del que le llame acémila.

La Academia se ha comprometido á atender á todas las advertencias fundadas, razonables; y tiene que hacerlo sin distinguir entre lo que se la enseña entre piropos y lo que se la enseña entre bromas, á veces algo pesadas.

Ahora tiene la palabra el Sr. Mugica:

Fe de erratas

I

Un alcalde muy ladino dijo á Blas, el tabernero: «Se queja el lugar entero de que vendes caro el vino; peor y barato opino que sería preferible.» Y Blas contestó apacible: «Yo su voluntad acato; lo venderé más barato, pero peor, imposible.»

Si, señor crítico. Peor diccionario que el de la Academia, es imposible, ni hecho de encargo, y eso que cuesta cerca de siete duros. Veremos si el próximo es más barato y... más malo.

Yo también deseo echar mi perro chico á espadas, con motivo de la publicación del tomo cuarto de esa crítica tremenda de Valbuena, y me permito unas cuantas observaciones respecto al texto académico, y á veces refiriéndome á la *Fe de erratas*.

Por primera, faltan en el diccionario: *echo, edad del pavo, edictar, edonismo, efectismo, egeriano, eglera, ególatra, egroto, equada, equidad, jejem! y ejemplaridad*.

En cambio, trae *égira y hégira*; como *arpa y harpa*.

Electo emplea así Quevedo en *El Caballo de Nápoles*: «Si no entra el electo del pueblo, se hacen pedazos». Es un adjetivo sustantivado parecido á *fiel*.

Elefanta es como *cierva*, hembra del ciervo; *cohetera*, la mujer del cohetero; *euerva*, especie de cuervo, *delfina*, la mujer del delfín, *giganta*, y *tigra*, la hembra del tigre. La Academia debió de leer los versos 261 del Poema de Alejandro.

Elefantiasis pronuncia la Academia, contra la opinión de los médicos que la asisten.

Faltan además: *Eliminarse, elmo, embasar, embejido, embión, embosado, embravar, empalidecer, empavonamiento, empavonar, empeder, empelecido, empendolar, emperecer, emperio, enogado enamorisarse, enanzar, y enaventar*.

Embaímie: to está sin nota de anticuado. *Embatumar* es como *amos por amos, baluma por balumba, cama por cama, también por también*.

Embarazador es hasta indecente, y está demás, como *excomulgador y descomulgador, execrador, charlador, expugnador, fabricador, durador, deseador, forzador, frecuentador, descorchador* (el que descorcha).

En *embaraso* faltan apuro y perplejidad. Se dice *desembarco*, pero en cambio *embarque* por *embarco*. No trae la Academia *embebecido*, pero sí *embebecidamente*. *Embeber* dice la Academia que es «encajar, meter una cosa dentro de otra», v. gr. un cigarró en la petaca, eso sin contar la interpretación maliciosa á que se presta esa manera de expresarse.

Faltan en *embeñado* las acepciones de envenenado y rabioso, y en *embetunado* la aplicada á botas ó pellejos. Valbuena tiene razón en lo que dice sobre *emborrullar*; pero es de tener en cuenta que en la comedia *Eufemia*, de Lope de Rueda, se lee *emburullar*.

P. DE MUGICA.

* *

Por lo mío y por la copia de lo demás,

Clarín.

*

LAS OREJAS DEL POLLINO

Un día, estaba un león aburrido en su caverna, pues, aunque la soledad pesa, aunque la soledad se hermana con su fiereza, en algunas ocasiones tanto aislamiento le pesa, y daría cualquier cosa por tropezar en la selva con bicho, fuese el que fuese, que al verle venir no huyera, y cambiar cuatro palabras de cordialidad perfecta. Estiró su majestad, el día de referencia, sus reales patas, movió la rubicunda melena,

lanzó un rugido espantoso y salió á dar una vuelta. Y no tuvo mala suerte, que á cien pasos de su cueva topó el león con un burro que, ajeno de la presencia de su majestad, pastaba la fresca y mecida hierba. Viendo al león, quiso huir, pero éste con ligereza cerró el paso, y después le dijo de esta manera: —No huyas ni te asustes, que hoy no hay razón para que temas... La soledad en que vivo me causa mucha tristeza...

Salí para hablar con alguien; no mires en mí á la fiera, sino á un infeliz que busca bicho á quien contar sus penas. Y mirándole un buen rato, no sin alguna sorpresa, —¿Quién eres?—le dijo.—Nunca vi animal de tu apariencia. ¡Y estás bastante ridículo con esa mirada seria y esas... cosas tan extrañas que salen de tu cabeza!... Y su majestad entonces rió con todas sus fuerzas sin apartar su mirada de las movibles orejas del asno, que respondió con tono de amarga queja: —Señor... soy burro, y bien sabe Dios lo que serlo me pesa, pues cuando se pierde un palo con mis costillas se encuentra. Pero de mi aciaga suerte lo que más me desconsuela es que, teniendo una voz dura, resonante y recia, no consigo dar espanto y hacerme temer con ella. ¡Siempre da risa al que la oye!

¡Lo más que causa es molestia! —Ruge... á ver...—dijo el león, y el burro, tomando fuerzas, dió un rebuzno prolongado que hizo lanzar á la fiera una carcajada macho mayor que la otra...—¡Paciencia!—dijo el burro.—¡Siempre pasa lo mismo!...—¡Bah!... No te ofendas—respondió el león.—Acaso si al oírte no te viera, con más acierto juzgara voz que, como voz, es buena... Escóndete entre los árboles y repite...—Es una idea—dijo el burro—y al momento obedeció la orden regia. Si el rebuzno fué sonoro, la risa fué ahora tan recia que hizo agitarse al león desde el rabo á las guedejas, y—Arroja—le dijo al asno—esas ambiciones necias: lo mismo cuando estás lejos que cuando te hallas muy cerca, aunque tu voz es potente, no sé qué tienes en ella, pero en oyéndola... ¡al punto se adivinan tus orejas!

Luís de Ancoena.

Sencillez campesina.



Salieron una tarde á la vendimia Blasillo y Asunción, moza de trueno, de amplias caderas y redondos brazos y labios encendidos y ojos negros. Blasillo, aunque aquel año entraba en quintas, era corto de genio, y aunque hallaba á la chica apetitosa no lo indicó jamás con un requiebro. Pero tentó el diablo aquella tarde al tenerla tan cerca tanto tiempo, y al cortar los racimos le iba abrasando la pasión por dentro. A falta de palabras apropiadas para dar á entender su pensamiento, empezó con pellizcos y retozos y golpes y mugidos de ternero. Afortunadamente, Asunción comprendía todo aquello, y al no romperle un diente demostraba que agradecía mucho los obsequios. Tomaron al lagar, ella en el carro y él en las mulas, y llegó el momento de que, animado el mozo por la esperanza de lograr su objeto,

se atreviera á decir á la muchacha:
—¿Quién que salte esta noche por el huerto
pa decirte unas cosas
que así, á la luz del día, no me atrevo?
Y riendo con ganas
le contestó Asunción:—No pué ser eso.
—¿Por qué?—repuso Blas amostazado.
—¿Porque ya he dao palabra de eso mesmo
al que vino á ayudarme esta mañana
á descargar los cestos!

Sinesio Delgado.

LO QUE ABRIGA EL LUJO



—¡Frió! ¡Dicen que hace frío! ¡Esas son voces que hacen correr los que tienen que embozarse porque no pueden lucir chaquet, corbata y guantes nuevos!

CHISMES Y CUENTOS.

Con el presente número recibirán nuestros lectores el último suplemento correspondiente á la provincia de Álava.

Al terminar sin tropiezo de mayor cuantía esta primera etapa del viaje mi primer cuidado ha de ser forzosamente el de dar muchas y muy expresivas gracias por su atención á los periódicos de Madrid y de provincias que han dedicado á la empresa halagüeñas frases.

Agradecimiento que se hace extensivo desde luego á cuantos han contribuido por cartas, felicitaciones, etc., etc., á formar una corriente de cariñosa simpatía que me inunda de gozo.

Aunque uno tenga el firme propósito de seguir adelante, bueno es que le animen á uno, porque eso conforta.

En la provincia de Álava nos han prestado valiosos y diferentes servicios, que estimamos sinceramente, las siguientes personas:

Vitoria.—D. Pío L. Larrañaga y D. Pedro Alonso, corresponsales del periódico; D. Joaquín Echenique, médico; Sr. Ibargoitia, escultor ebánista.

Laguardia.—D. Perfecto Martínez, conductor del correo.

Si en el Paraíso, en vez
de Adán, me coloca Dios,
¡el Paraíso se pierde
mucho antes que se perdió!

Ha pintado un cuadro Andrés
de tan inmenso valor
que, viéndolo del revés,
resulta mucho mejor.

Enrique Nublat.

Habrán ustedes oído hablar muchas veces de la fiera española, de la dignidad exagerada, de la altivez indómita, del orgullo indomable...

Pasma que con todas esas cualidades que nos complacemos en reconocernos hayamos perdido tontamente el dominio sobre toda la América descubierta por nosotros, y sobre Gibraltar, y sobre medio mundo...

Pero se comprende cómo ha sido eso, recordando las alharacas del Gobierno y de la Nación entera, hace unos cuantos meses, respecto á que en la cuestión de Cuba no toleraríamos (¡antes la muerte que la deshonra!) ingerencias extrañas, y leyendo luego lo siguiente, que han publicado sin protesta oficial casi todos los periódicos importantes:

«Según las versiones acogidas en aquella prensa (la de los Estados Unidos), las negociaciones continúan entre Mr. Olney y el Sr. Dupuy, sobre la base de las proposiciones que ha llevado á Washington el Sr. Soler.»

¡Que continúan las negociaciones! Pero ¿qué negociaciones son ésas? ¡Cielos! Ahora resulta que aceptamos, sin que se nos caiga la cara de vergüenza, el hecho consumado de la tutela de los yankees sobre la Gran Antilla.

Pero ¡anda, que buenos los hemos puesto de cerdos en las caricaturas de los periódicos!

Sigue el suelto:

«Mr. Olney no acepta (fijense bien, *no acepta*) en modo alguno la base segunda de las reformas de 1895, y exige (fijense mucho), *exige* que los miembros del Consejo de administración sean electivos, y que la forma de elección sea el sufragio universal para todos los cubanos varones y bonafide.»

Más claro, agua.

Mr. Olney, en nombre y representación de los cerdos antedichos y antepintados, pone la húmeda planta sobre la bandera de nuestros mayores y fija condiciones de paz, ni más ni menos que si, después de una guerra á muerte, los soldados norteamericanos hubieran entrado triunfantes en Madrid y nos hubieran obligado á una capitulación bochornosa.

Pero no acaba ahí la broma, ¡que ha de acabar!

Leamos:

«Los otros puntos que han promovido mayor discusión son referentes á atribuciones del gobernador general y á la deuda de Cuba.

Dice Mr. Olney que las reformas resultan en cierto punto ilusorias mientras el gobernador tenga las facultades que se le conceden.

A su vez, el Sr. Dupuy sostiene que esas facultades no son mayores ni menores que las que conceden las naciones europeas á los gobernadores de sus colonias, y llama la atención de Mr. Olney sobre las limitaciones que pone á esa autoridad la ley de 1895, comparada con el decreto de 1878. Limitar más los poderes de esa autoridad sería dejarla á merced del Consejo de administración. España ni hará eso ni discutirá siquiera ese punto.»

¿Cómo que no? ¿Pues no es uno de los puntos que han promovido mayor discusión? Pues se está discutiendo.

Adelante:

«Sin embargo de eso, Mr. Olney espera obtener del Sr. Cánovas alguna nueva concesión, tanto en ese punto como en el de los sueldos de los altos empleados, que Mr. Olney encuentra excesivos y el Sr. Dupuy ajustados á los de las demás colonias de Europa.»

No me negarán ustedes que esto es ya el acabóse. ¡Meterse una nación en fijar los sueldos de los empleados de otra! No se ha hecho cosa semejante ni con Turquía, que no tiene la altiva arrogancia, el exagerado puntonor, etc., etc.

Aún queda algo chistoso:

«Otro de los puntos más discutidos es el de la deuda. Mr. Olney desea que los cubanos no carguen con el peso de una deuda que tiene carácter nacional (¡pobrecitos cubanos!) y que no resulten recargados con los gastos que origina la actual insurrección.»

¡No! eso de ninguna manera. ¡No faltaba más!

¿No somos nosotros los vencedores? Pues en todas las guerras del mundo los vencedores son los que tienen que pagar los gastos de la campaña y hasta abonar una indemnización á los vencidos.

Sobre todo cuando las naciones tienen hidalguía legendaria, fiereza de carácter y otras condiciones no menos apetecibles.

Chiste final, para recreo de los que aciertan charadas:

«En todos los puntos discutidos parece que pueden encontrarse términos para una inteligencia. El único en que no transige el Sr. Dupuy es en que no aparezca España en ningún caso humillada ante los ojos del mundo, y los Estados Unidos como los verdaderos legisladores de Cuba.»

Pero, hombre, ¿quién va á suponer que aparece humillada?

Sólo aquel marido que se encontró á su mujer con un amigo en el lecho conyugal y exclamó un poco amostado:

—¡Porta! ¡Empiezo á sospechar que me estáis faltando!

Entre tanto, el Gobierno que preside un ilustre estadista (así cualquiera es estadista ilustre) se esfuerza en hacer correr la voz de que la autonomía que se concede á Cuba con las reformas se parece á la independencia como un huevo á otro. A ver si con eso depone las armas el viejo, achacoso é inútil Sr. Gómez.

De modo que al que se subleva se le declara vencido y... se le concede más de lo que pedía al sublevarse.

¡Madre de Dios! ¡Qué tranquilidad tan grande nos va entrando en el pandonar, y en la altivez, etc., etc.!

En otros tiempos hubiéramos dicho á los rebeldes:

—¡Hola! ¿Os alzáis contra nosotros? Pues os vamos á hacer polvo y á volveros á la esclavitud y al látigo y al hierro.

Y ahora decimos:

—Hágase la paz de cualquier manera y... ¡que no se hable de deshonra!



En un momento oportuno
di á mi novia Paz un beso,
y me despidió por tano.
Yo exclamé:—¡Si ha sido uno!
Y ella contestó.—Por eso.

¡Qué cosas tiene mi sastrer!
Pone crecibío en las cuéntas,
¡y eso ya es adelantarsel!

MIGUEL ISANTA.



Libros:

Almanaque de Don Quijote. Nuestro estimado colega ha echado la casa por la ventana, reuniendo gran cantidad de artículos y poesías notables ilustradas con profusión de buenos grabados, y ofreciendo todo eso al público por la modesta suma de una peseta.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un civilista.—Weyler daría como consonante *fuego y altanero*, puesto que da por pacificada la provincia de Pinar del Río; pero el resto de los mortales no pueda lanzarse á tales atrevimientos.

¿Cuál?—Vamos, de manera que usted quiere que le diga mi opinión con *vuda franqueta*. Pues bien... ¡son malos! porque tienen asonancias, ripios, vulgaridad, etc., etc.

Sr. D. G. Q.—Se agradece, Patro, como dicen en *Las bravías*. No puedo aprovechar nada.

Sr. D. A. S. C.—¡Por Dios! ¡huya usted de aconsonantar los romancesal *R. León*.—¡Ay, camarada! ¡qué gana de broma tiene usted, á pesar de la peste bubónica!

Sr. D. A. C.—Ni ¡el asunto ni la *manera de hacer* encajan en la índole del periódico.

Eriz-tenchu.—Sí que lo eres, y además versificas del modo siguiente:

«Niña de ojos azules
que en ese infierno estás
salte de ahí
y ven conmigo
que en mi casa amor mio serás.»

¡Ay! no; no va á caer en la tentación la niña de los ojos azules.

P. P. y R.—No están mal, pero tienen poco *saliente*.

Calamar.—Tenga presente que los romances aconsonantados no son romances ni nada. Y si el consonante es en *as...* peor que peor.

Sr. D. M. M.—Un poquito... ¿cómo lo diré yo? vamos, un poquito enojo resulta el final. ¿No le parece á usted?

Pedro Crespo.—Lo del actor es una diatriba que ofende á muchos. El romance, que tampoco está mal del todo, no tiene, sin embargo, la gallardía que exige el asunto.

El novio de la Trini.—Siento no poder aprovechar ninguno.

Ordeño I.—Se dice todos los días en el anuncio correspondiente de la cuarta plana. Los atrasados son al mismo precio que los corrientes. El cantar es medianoje de suyo.

Roncovalles.—¡Qué lástima de final vulgarísimo!

El murciano.—Sí, hombre; los cantares pueden pasar, pero no publicarse, porque carecen de novedad en absoluto.

Q. K.—¿Á que no sabe usted cómo se llama eso en las regiones meridionales? ¡Guasa viva!

Chindarvinto.—Y... digo á usted lo mismo que á *El murciano* un poco más arriba.

Rinconete.—Utilizaré alguna, Dios mediante.

Capa y Espada.—Muy bien para un álbum, corrigiendo aquello de *éa un arco de iris*, por supuesto. Porque se dice *arco iris*, á secas.

Sr. D. R. M.—Debo advertirle, sin meterme en más profundidades, que *cómico* no es consonante de *periódico*. Ni *peco* de *neto*.

Andrómaco.—Para empezar no debe escogerse el *MADRID CÓMICO*. ¿No hay más semanarios que éste en el mundo?

Artagnán.—Pecan de inocentes.

C. A.—Aunque el romance es corto, como no está hecho más que para una frase, resulta *diluido*.

Un suscriptor.—¡Caramba! ¡qué mal efecto hacen unos cuantos versos libres, tristes y solos!

Fray Cualquiera.—Podría pasar la segunda, ¡pero es tan poquita cosa! *El chiquito de Valladolid.*—Tengo que decir á usted lo mismo que á *El murciano*, para acabar más pronto.

Amaury.—Ó mucho me equivoco,
ó imita usted á Chaves,
¡Nada de imitaciones!
Porque segundas partes...

Sr. D. M. E.—Leí la dedicatoria, que le agradezco mucho. Las dos están bien; pero no me parecen de la índole de este periódico.

Sr. D. P. M.—Villalpando.—Muchas gracias. Salgo el día 3 para la provincia de Barcelona. No sé si podré estar de vuelta el día 20. Depende del tiempo y... de otra porción de cosas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.
PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.
EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.
En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.
Empezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
a corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.
Un suplemento, 10 céntimos.
a los corresponsales, 6 céntimos.
Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º